



LOS
IN-
SOSPECHABLES

DAMISELAS DE NUMIDIA

vanilla planifolia

LOS
IN-
SOSPECHABLES

DIRECCIÓN LITERARIA
Philippe Ollé-Laprune

DIRECCIÓN EDITORIAL
Rodrigo Fernández de Gortari

COORDINACIÓN EDITORIAL
Luis Ernesto Nava Buenfil

DISEÑO DE PORTADA E INTERIORES
Tres laboratorio visual
Jorge Brozon | Rafael Rodríguez

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL
Demoiselles de Numidie
© SNELA-La Différence

DE LA TRADUCCIÓN: Raúl Falcó

D.R. © Vanilla Planifolia, S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-95650-1-5

www.vanillaplanifolia.com | info@vanillaplanifolia.net

Se autoriza reproducir, transmitir, comunicar o almacenar el contenido de esta publicación, siempre y cuando se cite la fuente de la que se obtuvo.

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

DAMISELAS DE NUMIDIA

MOHAMED LEFTAH

TRADUCCIÓN | RAÚL FALCÓ

Quien haya amado tiene una cicatriz.

ALFRED DE MUSSET

Númido. adj. y sust. (s. XVI;
lat. *Númide*, gr. Nomas, Nómados,
propiamente “pastor”). Historia
de Numidia, antiguo nombre
de una región del norte de África.
Esclavo nómido. —N. Los Nómidos.

LE PETIT ROBERT

NUAR, PLURAL DE FLOR, ES EL NOMBRE CON EL QUE SE DESIGNA a la sífilis en esta vieja tierra de Numidia; enfermedad que durante mucho tiempo habitó el cuerpo e inquietó la imaginación de los hombres.

¿Esta extraña y poética designación puede tener su explicación en el hecho de que, en lengua húmeda, muchos nombres de mujer también son nombres de flores? ¿Mujeres-flor, que les dejarían a sus amantes, tras la flor efímera del amor, unos pétalos inscritos en la carne, a un tiempo blasón glorioso y podredumbre infame: *nuar*, flores de sífilis?

Es preciso advertir el silbido con el que abre y cierra esta palabra; como el ataque fulgurante (que se cierra bruscamente sobre sí mismo) de una víbora de cascabel. Si bien la palabra *nuar* evoca un jardín florido, el árbol más florido de este huerto, el sexo del vergel, está invadido por el chancro; el chancro sifilítico.

Si se admite que las mujeres-flor son responsables de las flores de la sífilis, entonces algunas, como a cambio de ello, ven florecer sobre sus cuerpos —en general en las mejillas, a veces en la frente, y rara vez, pero no por ello con menor suntuosidad y sentido trágico, en sus partes vitales, pechos o sexo— otra flor extraña, infame y al mismo tiempo gloriosa: una cicatriz.

(Por lo tanto, cuando la cicatriz se dibuja en el sexo de la mujer, resulta una suerte de revancha o de compensación frente a la sífilis masculina.)

Entre las palabras: herida, cuchillada, cortada, marca, cicatriz, no tardé mucho en decidirme —y ya se verá por qué—, por la última, y me parece por eso que tuve que pensar primero en esta palabra cargada de estigmas. Desde los estigmas milagrosos que surcan las manos de los santos hasta aquéllos con los que se marcaba con hierro al rojo vivo el cuerpo de los

presidarios; los estigmas de la histeria; los estigmas que designan los orificios de ciertos insectos tanto como los de los pistilos.

Ésta es la palabra sonora y polisémica, habitada (en su seno) por pus, polen, savia y sangre, por la podredumbre y el milagro, que acaso habría sido la más apropiada para designar la cicatriz que distingue a las muchachas-flor, que aún no han abierto, y que constituyen el pretexto de esta narración y de sus protagonistas.

He tenido que optar por la palabra cicatriz porque, aunque conserva su significado de huella dejada en la carne por una herida, en la tierra de Numidia también ha llegado a señalar una condición, un estado, un orden.

En efecto, si llegaran a oír pronunciar uno de los nombres de estas muchachas-flor, Massc Allil, Jazmín, Warda, Zahra, seguido, como si se tratara de un adjetivo o de una partícula, por una palabra-cicatriz (Warda Cicatriz, por ejemplo), sabrían entonces que Warda, “Rosa”, es una mujer de la vida alegre. Una puta. Una puta que trabaja para un padrote.

La cicatriz que adorna el cuerpo de Rosa, del mismo modo que su nombre, es la marca (ya que también se dice de estas jóvenes que están marcadas), a un tiempo visible y sonora, de su condición.

Antes de proseguir —habiéndola apenas iniciado—, esta divagación a través de las palabras, me doy cuenta de que algunas, escogidas por mí o imponiéndose por sí mismas —comenzando con la que inició la deriva, la palabra *nuar*, flores—; que la manera como se han ido disponiendo, invocando a otras como si se tratase de los primeros pájaros que, al posarse, llaman al resto de la migración; de que las correspondencias que ya han empezado a establecer secretamente entre ellas; de que las emociones oscuras que algunas han hecho surgir, o resucitar, en mi corazón (y en mi cuerpo), me provocan un vago presentimiento, aunque poderoso y feliz. Quiero decir que la matriz y la osamenta de la historia que me dispongo a narrar ya se han constituido, casi a mis espaldas. Que tan sólo queda llegar al final de estas palabras, como se llega al final de un túnel o de una noche.

Ya deben sospechar que los padrotes que han marcado a las muchachas-flor, a las muchachas-cicatriz, son unos esplendorosos y jóvenes brutos.

¿Lograré fraguar un canto con esta violencia, esta noche, con unas pocas palabras matricias y misteriosas: flores, muchachas, chancro, polen, estigmas; unas cuantas palabras encantadas: Jazmín, Zumurrod? ¿Fraguar un orden? Poético.

El único orden aceptable.

WARDA... ¿ES ACASO NECESARIO EXPLICARLE AL LECTOR LO QUE
EVOCA espontáneamente semejante nombre, Rosa, cuando designa
a una mujer?

Es el caso de Warda, una muchacha aún muy joven, una
rosa en todo el esplendor de su florecimiento.

Tantos poetas... ¡Y el trovador cantaba “la Aurora con
dedos de rosa”! ¿Me bastará decir simplemente que Rosa es
auroral? ¿Ella, que duerme todo el día, y que tan sólo inicia su
trabajo, su oficio —levantar clientes en un bar— a la fatídica
medianoche? A esa hora que divide al día de la noche, desde
hace milenios, que divide la realidad del ensueño, nace y co-
mienza a reinar Rosa. Como un sol de medianoche.

Si Rosa es auroral, entonces las radiaciones que emite
el profundo escote de su corpiño, cuando se inclina frente al
cliente, serían las de una aurora boreal. Una blanca planicie
finlandesa que, cuando irrumpe en escena, hace que un rebaño
de renos invisibles tenga que irse a refugiar, en el antro siniestro
y medio clandestino en el que su macho la tiene trabajando. Su
padrote.

Uso a propósito la palabra vulgar antro. Para mí, se trata
de una palabra mágica, ya que mi encuentro con ella coinci-
dió con el del amor de mi vida. ¿Lo arrojo en aquellas bellas
y crueles historias nocturnas por puro masoquismo? ¿O, más
bien, para expresar mi ternura hacia esas muchachas-cicatriz,
tan reales y que, sin embargo, me parecen más surgidas de mí,
de mi rebelión y de mi amor?

En ese mismo antro trabaja también Massc Allil, Almizcle
de la noche, la amiga de Rosa. A pesar de que su nombre evoca
la noche olorosa, almizclada, ella trabaja de día. Es un depreda-
dor y una presa (un depredador-presa) diurnos.

Un año menor que su amiga Rosa, ya tiene un hijo y también trabaja para un hombre. El anterior, el que era su marido, ha muerto. Cuando llega a mencionarlo, simplemente dice *al marhum*, el difunto.

Rosa y Almizcle se besan las mejillas y sus hombres se dan la mano virilmente, en silencio. El hombre de Almizcle de la noche la va a acompañar hasta su casa y, en el camino, le va a quitar la mayor parte de su botín —su botín de guerra, el que ha libado, abeja cada vez más ebria, cada vez más loca, a lo largo del día.

El hombre de Rosa, vigilante nocturno rodeado de prestigio, se instala en un sillón de molesquín rojo. Prende un puro. Su encendedor de oro y su anillo de oro, en cuyo engaste tan sólo está grabada una inicial (la letra S), refulgen a un tiempo. Como si las moviera un súbito y extraño fototropismo, las muchachas-cicatriz, convertidas en una nube de mariposas agitadas, llegan a acomodarse —¿para consumirse?— alrededor del padrote.

El casto beso que se han dado las dos amigas, las palabras de tierna complicidad que se han susurrado al oído; el apretón de manos viril, sin decir palabra, de sus dos hombres, tras haber operado el cambio de guardia: dormir para Almizcle de la noche, seguir enganchando clientes para su amiga Rosa (en cuanto a los dos padrotes, a uno le toca regresar a la oveja a su refugio y al otro vigilar a la que va a ser soltada entre las fieras), todos estos acontecimientos han sucedido en un abrir y cerrar de ojos, como en un tiempo fuera del tiempo, irreal. Ha sido igual de imperceptible que el girar de la Tierra alrededor del Sol.

Un orden riguroso, inmutable, semejante al que rige el movimiento de los planetas, debe seguir ordenando la marcha del antro, de esta ciudad blanca de Numidia, del vasto universo. Si Almizcle de la noche cesara de trabajar de día, o si Rosa durmiera de noche —dejase de ser una aurora boreal—, se estaría frente a algo semejante a una alteración del orden que marca la diferencia entre los rapaces y sus presas, entre los diurnos y los nocturnos; frente a una conmoción del orden de los pájaros, de las flores y de los planetas.

Dos rameras en edad de ir al colegio y sus dos padrotes, tan jóvenes como ellas, cargan sobre sus hombros, sus sexos, sus pechos, sus cuchillos, sus bolsos —el de Almizcle de la noche es de piel de cocodrilo y, cuando habla de él, dice con toda seguridad y orgullo: “¡Es legítimo cocodrilo!”— el peso del orden del mundo.

EL AMPLIO TAXI QUE TRAE DE REGRESO A ALMIZCLE DE LA NOCHE y a su joven acompañante se detiene. Zapata —ya que tal es el *nom de guerre* del joven alcahuete— se queda sentado y le dirige una seña a su protegida para hacerle saber que no pasará la noche con ella. Almizcle de la noche no pregunta nada. En últimos tiempos, Zapata concede a lo sumo que una vez a la semana ella comparta su lecho y la lleva a su modesto departamento, en el que todo no es más que “lujo, calma y voluptuosidad”. Ahora, Almizcle de la noche se dirige hacia su hogar, un humilde cuarto de criadas que ella, “la servidora de gran corazón”, comparte con su madre y su criatura.

—¡Al aeropuerto internacional!

Por eso Zapata escogió tomar un taxi amplio. Los más chicos, bochitos rojos veteados de negro, no pueden salir de la ciudad. Pero de un tiempo para acá, Zapata suele tomar taxis grandes, aun para sus desplazamientos urbanos. Este padrote, cuyo apodo evoca el nombre del legendario revolucionario mexicano, tiene un alma de Rockefeller. Sus sueños están poblados de Cadillac blancos, de limusinas negras y silenciosas, de Rolls-Royce malvas y suntuosos, tras haber visto a todas estas bestias soberbias galopando en las películas de Hollywood. Por cierto, también fue tras haber visto la película *Viva Zapata* —cuyo título eufónico y nombre exótico había excitado su curiosidad—, que algunos de sus amigos lo bautizaron con este apodo. Los más íntimos se contentan con usar el diminutivo Zapa.

(Si al pronunciar este diminutivo se labializa de manera incorrecta la penúltima letra, adquiere un significado muy distinto en el dialecto popular nómida: “cola”. Cola masiva).

Del mismo modo, se debe a la proyección de *Espartaco* y al hecho de que tiene la barbilla partida como el actor que

representaba el papel principal, que al padrote de Rosa le dicen Espartaco.

Mientras que Zapata se dirige hacia el aeropuerto internacional —¿para mandar botones de *kif* al extranjero, o tulipanes? ¿Para recibir a El Danés pederasta que conoció durante el verano pasado y del que se hizo amante en un célebre balneario del sur? ¿O, simplemente, para paladear tranquilamente una cerveza en el restaurante-bar del aeropuerto, situado en una terraza frente a la pista de despegue, y que lleva el precioso nombre de Puerta del Cielo?—, Espartaco, en medio del jardín de las muchachas-flor, se deleita con las últimas noticias.

—¿Zahra? ¡Pobrecita, la levantaron!

Esto quiere decir que Zahra cayó en una redada y que la subieron a la furgoneta. De este modo, más que sugerir una caída, el término utilizado alude a una elevación. Como la de la recién casada, sobre una mesa redonda, en su noche de bodas.

—¿Por qué Jazmín trae puesta su *djellaba*?

—Simplemente porque la querida le está pagando su tributo a la Luna.

En efecto, cuando les baja la regla, las muchachas se ponen una *djellaba* de color verde pálido, o azafrán, o simplemente negro, en todo caso de un color sobrio (como el que escogería una viuda para ir un viernes a adornar con flores la tumba de su marido). El aire grave que adquieren entonces no hace sino volverlas aún más excitantes. Los clientes empiezan a husmear como perros, tratando de percibir el acre, nauseabundo y perturbador olor de la sangre menstrual, cuyos efluvios se exhalan con cualquier movimiento demasiado vivo de la muchacha. Una de ellas tiene un porte tan digno, tan grave, en su *djellaba* de color sobrio, que el cliente excitado la llama bromeando: ¡Hajja! (la que ha ido a la peregrinación de La Meca).

—¡Ah! ¡No me hablen de esa perra!

Una muchacha acaba de pronunciar el nombre de Chahdia, Nectarina, una joven que se deja sodomizar; y, lo que es peor, que no concibe el amor y no lo practica más que de esta manera. De este tipo de muchachas se dice que se dejan “ensillar”.

Con relación a los nombres de las muchachas, además de los que aluden a las flores, algunos son nombres de frutas: Nectarina, por ejemplo, de quien acabamos de hablar y referir su vicio adorable. También está Luisa, Almendrita, uno de los personajes conmovedores de esta historia. Otras muchachas tienen nombres de sustancias aromáticas: Anbar (Ámbar), Krunful (Clavo de olor); de piedras preciosas: Yacut (Perla), Zumurrod (Esmeralda). Si se añade que el elogio más halagador que se le pueda dedicar a una de estas muchachas es el de llamarlas gacela, o rosa, o diamante (se dice: diamanda), se podrá constatar que los nombres más bellos se refieren a reinos y órdenes previos a la existencia de la humanidad. Estas muchachas son piedras preciosas, flores, especias de islas olorosas o ciervas de los bosques que, si bien se encuentran en edad escolar, participan de un tiempo en el que aún no había surgido la mujer mamífera (ni “la leche de la ternura humana”, como se ha escrito famosamente).

Lo que las liga —porque las excluye— al orden social, como a un cordón umbilical, es esta palabra que a un tiempo es una marca en la carne y un signo de pertenencia a un orden: la palabra-cicatriz.

Esta noche, Rosa tiene suerte. El cliente que le ha pasado Almizcle de la noche a la hora del cambio de poderes es de los que sueña tener cualquier cabaretera. Se trata de uno de esos clientes riquísimos a los que ellas llaman en su jerga “los hombres de los pozos”. Vienen de regiones lejanas, en las que los golfos introducen sus enseñadas en el soplo quemante del desierto. Recorren miles de kilómetros en avión, cambian de continente, con tal de llegar hasta estas muchachas-flor, estas muchachas-cicatriz, sus sultanas, como lo es Rosa esta noche.

Antes de haberse sentado siquiera en el lugar aún caliente que ocupaba su amiga Almizcle de la noche, le ha ordenado al mozo:

—¡Champaña!

El cliente, recién llegado de golfos lejanos, sedientos, ha aprobado de inmediato con la cabeza. No le importa el precio. Lo que le interesa es crear siempre a su alrededor, en cada viaje, una atmósfera digna de *Las mil y una noches*. Por lo menos,

eso es lo que él se imagina. Mucha extrañeza se sembraría en el espíritu de este príncipe generoso y piadoso si se le dijera que algunos de los frutos de su imaginación parecen haberse desprendido directamente del jardín sádico.

(Los diarios acababan de referir, entre otras cosas, la historia de una mujer cuyos labios habían sido mordidos hasta la sangre de modo tan salvaje que un pedazo de carne se le había desprendido, durante una orgía en que se habían utilizado las nalgas de niñas apenas núbiles como candelabros).

La botella de champaña ha sido descorchada con todas las reglas que impone el arte por el mozo que viste un chaleco color vino, una camisa inmaculada con corbata de moño y un pantalón de pana negra.

Arrojados sobre la arena por las olas del mar, los pequeños crustáceos que han acarreado adoptan su color, se cierran sobre sí mismos y se quedan inmóviles. De manera inversa, la marea de champaña ha logrado que las muchachas se entreabran, como ostras que ofrecen la perla reluciente de su carne, orientándose hacia la mesa en la que se han instalado Rosa y su ilustre acompañante. El hombre de los pozos sonríe, pero Rosa frunce el ceño. Le parece que las compañeras no se están comportando y no escatima sus palabras para declararlo:

—¡Rameras! ¡Apestosas! ¡Leprosas! ¡Es mío!

Luisa —hela aquí al fin—, Almendrita, la más joven de las muchachas (aún no ha sido marcada, pero su mayor, su amiga más íntima, Rosa, ya la está preparando para el ritual), le dice a Rosa, con justicia, con voz suplicante, casi infantil:

—¡Rosa! ¡No seas “amiga de tu cosa” (no seas egoísta)! Alcanza para todas.

Rosa prende nerviosamente un cigarrillo, sacude su melena y declara:

—Luisa, ¡tú sí puedes! Pero no estas putas que pretenden ser muchachas-cicatriz y ni siquiera saben defenderse.

Y, acercándose al hombre de los golfos, Rosa le hace un pequeño lugar a Luisa, quien se desliza como un gatito para ocuparlo (se engasta, ya que Luisa también es una piedra preciosa).

—¡Aquí! ¡Aquí!

El hombre de los pozos indica el lugar que se encuentra a su derecha. Quiere verse rodeado por ambas jóvenes. Rosa ya sabía que iba a expresar este deseo y le indica a la cervatilla que vaya a sentarse del otro lado del príncipe.

Espartaco, que no se ha perdido nada de la escena, le hace una seña (cierra un ojo, ladeando ligeramente la cabeza) a Rosa. Y ella da inicio al juego implacable de la seducción.

—¡Mi príncipe! ¡Mi emir maravilloso!

Por primera vez en su vida, Luisa moja sus labios en una copa de champaña. Éstos se humedecen con una pelusilla rubia, tan fina y ligera como la que cubre al cervatillo recién nacido. El capitán de meseros pone un *cassette* en el aparato del que surge, como una fuente, una *mouachaha* de Damasco. El antro miserable se transfigura. El príncipe le pregunta a Luisa si sabe bailar la danza del vientre.

—¡No! Sólo sé bailar *ahwach*.

Rosa fulmina a Luisa con una mirada asesina. ¡Cuántas cosas aún ignora su joven amiga! Acaba de llegar desde su valle montañoso, ahí donde los manantiales siempre son frescos y jóvenes, y ahí donde la danza de *ahwach* es inmemorial. Rosa, imperativa, le tiende a Luisa una mascada multicolor, se levanta, se la desliza ella misma alrededor de las nalgas y se la anuda sobre el pubis.

—Tan sólo tienes que “almendrar”, “morder”, como una *chikhata*, le susurra rápidamente al oído. (Se dice de una mujer que camina contoneándose, que “almendra”, que “muerde”. Para mí, esta palabra evoca —en función de lo que va a seguir— otra, su homónima: “mordida”, que también pongo entre comillas, para significar de esta manera que pienso en la connotación que tiene entre los padrotes de otras regiones que no sean Numidia. Para éstos, la mordida es el precio que debe pagarle una prostituta a su alcahuete a cambio de su libertad).

Luisa no ha podido reprimir una risotada. Se le estaba pidiendo a ella, cuyo nombre significa Almendrita, que almendrara. Rosa le sonríe gentilmente, le da una palmada en la mejilla para darle valor y la empuja suavemente hacia el pasillo central del antro, cubierto de hojas de alcachofa, espinas de lengüado,

huesos de aceituna y cáscaras de camarón. El príncipe está en el colmo de la felicidad. Más versado que sus pares en la filosofía del hedonismo, ha descubierto que la flor y la quintaesencia del placer no se hallan en los lujos de los Sheraton o los Hilton, sino en los antros siniestros y secretos como éste, con su piso cubierto de basura —también, a veces, del vómito de los borrachos, rápidamente cubierto con aserrín— y sobre el cual, como sobre un mantillo de abono fértil, se abren y alcanzan su epifanía los cuerpos de las muchachas-flor. En donde mil sherezadas ignoradas te acompañan hasta el alba. Como se acompaña a un tirano; o a un niño que teme, si tuviese que dormirse solo, ser engullido por el pozo sin fondo de las pesadillas.

Uno de los recuerdos más luminosos de mi infancia, deslumbrante, indeleble, es aquel en el que me veo al lado de mi abuela (Mmu-Lalla, Madre-Dama), leyéndole, descubriendo con ella ese mundo maravilloso que ahí estaba, imprevisible, pletórico, fantástico, mágicamente disimulado entre las patas minúsculas de pequeñas hormigas negras que trotaban sobre las páginas amarillentas de un libro increíble: *Las mil y una noches*.

Nuestra felicidad era total durante los largos crepúsculos de invierno. Llovía a cántaros, interminablemente. Sabíamos que afuera hacía frío, que todo era gris y malo, mientras nosotros dos, sentados sobre nuestros talones y con las piernas cubiertas por una gruesa cobija de lana, nos bañábamos en el calor y la luz del amor.

Mi abuela se llamaba Um-Al-Ghaït: Madre de la lluvia.

Para mí, no era sólo la madre de la lluvia, sino también la madre del Sol, de las plantas, de los pequeños animales acechados. Era la madre del pan y de la sal, la madre del dolor y de la felicidad, de la comprensión infinita, de la serenidad. Sin embargo y a pesar de todos sus poderes, era antes que nada Mmu-Lalla, Madre-Dama mía, exclusivamente.

Cuando llegaba el pasaje recurrente y fatídico, la frase formularia inaceptable: “El alba se anunció y Sherezada se calló”, Madre-Dama se agitaba sin moverse, enfadada, y murmuraba:

—¡Hum! ¡Hum!

Desplegaba con la uña de su pulgar la esquina arrugada del pequeño cubo amarillo que contenía su rapé, Tenfiha, colocaba una pizca en el hueco de su pulgar doblado e inhalaba con fuerza. Yo ya había sorteado el pasaje fatídico y amenazante —el alba que se anunciaba siempre era como una muerte: la del relato, la del sueño, más tangibles y ciertos que la realidad—, ya Madre-Dama había estornudado, y nos volvíamos a sumergir en esa isla frondosa, que resultaría ser una montruosa ballena dormida desde hacía ya tanto tiempo, que sobre su gigantesca espalda habían crecido árboles, manado ríos, proliferado pájaros, gacelas y víboras, y sobre la cual, ese todo, fauna y flora, vivía en paz y armonía.

Vuelvo a leer lo que ha escrito J. L. Borges acerca de *Las mil y una noches*:

“Poseo los diecisiete volúmenes de la traducción de Burton. Sé que nunca los leeré todos; pero también sé que allí están las noches esperándome y que, por muy infeliz que pueda ser mi vida, tendré esos diecisiete volúmenes; de algún modo, será mía esa suerte de eternidad de las mil y una noches de Oriente”.

Yo no poseía los diecisiete volúmenes, pero, ahora que lo recuerdo, eran a lo sumo tres. Se trataba de una edición árabe barata.

Si alguna vez he merecido conocer una eternidad, es la que se ha quedado grabada para siempre en esos crepúsculos grises y luminosos de invierno, en los que el niño y su Madre-Dama se fundían en una misma carne, en un mismo amor, en un mismo deslumbramiento.

¿Alcanzarán esta extrema inocencia, esta eternidad pasmada, como lo hacen las estrellas muertas desde hace millones de años, pero cuya luz seguimos recibiendo, a cubrir —a pesar mío—, con una suave luminosidad, invisible, impalpable, la frente de las muchachas-flor, de las muchachas-cicatriz a ellas que ahora canto?

